

“Viviendo creativamente el llamado a la comunión de maneras nuevas y renovadas”.

Homilía, 4º domingo de Cuaresma, año A

Introducción

Participamos en la Santa Misa de hoy en circunstancias realmente inusuales, incluso sin precedentes. Estoy agradecido a todos los que siguen esta misa en directo desde sus casas, y a quienes experimentan un sentimiento de pérdida por no poder participar físicamente aquí en la iglesia. No puedo evitar pensar en lo agradable que debe ser para nuestro querido Señor la profunda devoción y sentimiento de pérdida de ustedes.

Un pueblo reunido

Las circunstancias únicas en las que estamos celebrando hoy en día nos recuerdan cómo nuestra religión vive en el principio del pueblo reunido, reunido para dar honor y gloria a Dios. La misma palabra “iglesia” expresa esto: deriva de la palabra griega *ekklesia*, que originalmente significaba una asamblea de ciudadanos griegos. Más que un edificio, más que una institución, incluso más que un sistema de creencias, la Iglesia es un pueblo de fe reunido, miembros de un cuerpo en y bajo Cristo nuestra cabeza. La Iglesia siempre ha entendido que Dios nos creó para la comunidad, para estar en relación, es decir, para la comunión, en última instancia la comunión con Él.

Ser expulsado de esa comunión, entonces, es una perspectiva terrible. Tal era el dilema del hombre que nació ciego, y de sus padres, que corrían el riesgo de ser expulsados de la sinagoga si admitían que Jesús había curado a su hijo y por lo tanto debía ser el Ungido de Dios. La palabra “sinagoga” es la misma idea, que proviene de dos palabras griegas que significan “reunir”. Ser expulsado de la asamblea de creyentes en ese momento era algo más que un asunto religioso privado. Significaba estar fuera de toda interacción social, la pérdida del sustento mismo; nadie tendría nada que ver contigo. Tal fue el dilema de los padres del hombre cuando fueron interrogados por los fariseos. Pero primero, consideremos la difícil situación de su hijo.

Un viaje hacia la sanación espiritual

Fíjense cómo comienza el pasaje del Evangelio: Jesús vio a un ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: “Maestro, ¿quién pecó para que éste naciera ciego, él o sus padres?”. Esto nos dice dos cosas: primero, que se sabía que este hombre era ciego de nacimiento, de lo contrario ¿cómo podrían saberlo al verlo? También es revelador de la creencia de la gente en el mundo antiguo de que la enfermedad física era el resultado del pecado, no sólo el pecado propio, sino que también podía ser un pecado heredado de los antepasados.

Ahora piensen en lo que debe haber sido para este ciego de nacimiento: se creía que era una manifestación del pecado, que era de alguna manera maldito, y por lo tanto dejado fuera de los círculos regulares de la sociedad. No hacía falta que fuera oficialmente expulsado de la sinagoga; la gente ya lo trataba de esa manera. Fíjense que ni siquiera se menciona su nombre en esta historia. Era un don nadie, reducido a mendigar toda su vida. Probablemente recibía limosna, porque era una creencia bíblica muy arraigada que dar una limosna a los pobres era como hacer una inversión en la cuenta bancaria celestial de uno, construyendo méritos espirituales a los ojos de Dios. Pero aparte de eso, nadie tenía nada que ver con él. Como resultado, él desarrolló una especie de actitud cínica y amarga hacia los demás y hacia la vida en general. Fíjense en lo audaz y descarado que es incluso en su interacción con los fariseos, las autoridades que tenían un poder social y religioso sobre él. Incluso se burla de ellos cuando vuelven a interrogarlo por segunda vez. Primero los reprende sutilmente: “Ya se lo dije a ustedes y no me han dado crédito”. y luego, los provoca: “¿Acaso también ustedes quieren hacerse discípulos suyos?”.

Ahora, volvamos a considerar a los padres del hombre: cuando se les pone en un aprieto ellos no defienden a su hijo. Más bien, están buscando una manera de esquivar el dilema en el que están. Aparentemente, este hombre ni siquiera tuvo una vida familiar feliz mientras crecía, con padres que lo amaran, lo cuidaran y le dieran la protección especial que necesitaría en su situación. Así que vemos que incluso más allá de tener que vivir con la gran tragedia de nacer ciego, este hombre llevaba profundas cicatrices espirituales. Y aquí es donde vemos la verdadera curación cuando vemos la interacción entre Jesús y el hombre.

Noten cómo Jesús trabaja: comienza con lo físico, para pasar a la curación espiritual más profunda que el hombre necesita. Él reconoce que hay bondad en ese hombre, hay una disposición inconsciente a la fe: “¿Crees tú en el Hijo del hombre?”. “¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él?”. Así que lo vemos ablandarse: esa actitud dura y amarga está empezando a disminuir. El cambio no vino de fuera; Jesús está sacando lo que ya estaba dentro de él para transformarlo. Y entonces Jesús lo lleva a la fe: “Ya lo has visto; el que está hablando contigo, ése es”. Él dijo: “Creo, Señor”. Y entonces la sanación es completa: “...Y postrándose, lo adoró”.

El patrón que Jesús establece aquí para llevar a la gente a la sanación espiritual más profunda es el que la Iglesia siempre ha seguido para llevar a la gente a adorarlo: empezar con lo físico, y luego pasar a lo espiritual. Por eso la Iglesia siempre ha estado comprometida con las obras de caridad, no sólo para satisfacer las necesidades de los demás y aliviar una conciencia tal vez culpable, sino para compartir el amor de Cristo que lleva al encuentro con él. Es una de las tres trascendentales que la Iglesia siempre ha defendido para imbuir a la cultura con el Evangelio de Jesucristo: la bondad, junto con la verdad y la belleza.

Entrando en la luz

Volviendo, sin embargo, a esta historia de la curación del ciego de nacimiento, noten lo que Jesús realmente hace aquí: saca a la luz lo que ya estaba presente pero escondido en secreto, tanto en el hombre ciego de nacimiento como en los fariseos, exponiendo su ceguera espiritual. De esto es de lo que habla San Pablo en su carta a los Efesios cuando se refiere a luz que produce “la bondad, la santidad y la verdad”. La oscuridad, por otro lado, debe ser evitada: “no tomen parte en las obras estériles de los que son tinieblas. Al contrario, repruébenlas abiertamente; porque, si bien las cosas que ellos hacen en secreto da vergüenza aun mencionarlas”.

Como explica el gran biblista William Barclay en su comentario sobre este pasaje:

“...en los bazares orientales las tiendas son a menudo simplemente pequeños recintos cubiertos sin ventanas. Un hombre podría querer comprar un trozo de seda

o un artículo de latón batido. Antes de comprarla la saca a la calle y la sostiene al sol, para que la luz revele cualquier defecto que tenga. Es el deber del cristiano exponer cada acción, cada decisión, cada motivo a la luz de Cristo”.

Los actos vergonzosos siempre se realizan en la oscuridad. Los ladrones operan al amparo de la noche. Pero también hay a menudo una bondad escondida en lo profundo de la gente, donde uno podría no esperarla. Con Cristo, todo se saca a la luz, y sin su luz no hay sanación.

Redescubrir la comunión

La sanación ciertamente urgente y de suma importancia en este momento, ya que nos enfrentamos a la crisis de la actual pandemia. Pero la curación espiritual también es necesaria. Quizás lo sentimos más agudamente en este momento, especialmente ahora que tenemos que celebrar el culto de una manera que es en cierto sentido contraria a la naturaleza misma de la Iglesia: virtualmente, remotamente, no en una reunión física de la comunidad de creyentes. Pero Dios nos creó para la comunión, y todavía tenemos oportunidades para mejorar ese sentido de comunión incluso ahora. Me gustaría sugerir tres formas de hacer esto.

La primera, aunque suene paradójico, es redescubrir el poder de la comunión de la Iglesia. La ausencia física de la liturgia en la iglesia, y especialmente la falta de comunión sacramental, puede renovar y profundizar nuestro amor y aprecio por el culto y la vida sacramental de la Iglesia. Es un desafío continuar el espíritu de culto en casa, pero hacerlo refuerza nuestro sentido de conexión con lo sagrado: seguir la misa por televisión o en vivo en tiempo real participando de la misma manera que uno lo haría en la iglesia: de pie, sentado y de rodillas en los momentos adecuados; estando bien vestido (¡no en pijamas!); participando en las oraciones; observando el silencio; manteniendo alejados la comida y la bebida; y, sobre todo, haciendo una comunión espiritual en el momento en que no se puede participar en la comunión sacramental. Esto se aplica incluso si se sigue la misa en casa solo: de hecho, especialmente si uno está solo, ya que como dice el viejo refrán, el carácter de uno es juzgado por lo que uno hace cuando nadie está mirando.

Siguiente: ahora es más que nunca el momento de redescubrir la comunión de la familia. Es una excelente oportunidad para que los miembros de la familia se presten atención unos a otros. Quedarse en casa significa que se deja de lado el ajetreado ritmo de la vida fuera de las puertas del hogar. Qué oportunidad tan bienvenida, entonces, de dejar los dispositivos digitales y prestar atención a los demás. La presencia física y mental de los miembros de la familia entre sí puede conducir a una comunión espiritual más profunda de la familia. Compartir una comida juntos, conversar, jugar a las cartas, jugar un juego de mesa, hacer un rompecabezas juntos, leer una obra de teatro, escuchar buena música o ver una buena película juntos. Sobre todo, rezar juntos, especialmente el rosario familiar. Creo que es providencial que esta crisis tenga lugar durante la temporada de Cuaresma, ya que nos brinda la oportunidad de hacer un retiro espiritual en casa.

Por último, la situación actual puede renovarnos en vivir lo que yo llamaría la virtud de la “proximidad”. Esto es especialmente oportuno para los que viven solos. En un momento en el que la gente siente pánico y se mueve hacia un modo de supervivencia, pensando sólo en ellos mismos primero, es crítico que nosotros, como personas de fe, demos el ejemplo pensando primero en *los demás*. Si bien se observan las normas habituales de higiene segura, la situación actual nos da una motivación adicional para prestar atención a los necesitados, ayudando a los vecinos de edad avanzada o especialmente vulnerables que no pueden aventurarse a salir para hacer sus compras de alimentos, por ejemplo, o que tienen algún tipo de necesidad especial. Tal vez Dios nos está dejando sufrir esta penuria —una penuria que viene de muchas maneras— para redescubrir el amor a la comunidad.

Conclusión

¿Por qué San Juan en su evangelio no mencionó el nombre del hombre que nació ciego? Me inclino a creer que es porque ese hombre es todos nosotros. Todos necesitamos la sanación espiritual que sólo puede venir del culto puro y sincero de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo. La manera de hacerlo es viviendo estos caminos hacia la comunión, porque para eso nos creó Dios: la comunión con los demás que lleva, en última instancia, a la comunión con Él.